



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 32.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 7 DE AGOSTO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



os dicen que el día 15 del corriente ó uno de los inmediatos posteriores se inaugura el camino de hierro directo de Madrid á París. El día 15 es entre nosotros la fiesta de la Virgen de Agosto y entre los franceses la de San Napoleon; y como en París habrá festejos oficiales, iluminaciones y mástil de cucaña, es natural que la empresa dese que los que asistan á la inauguración presencien funciones tan magníficas. Parece que la inauguración se hará en la frontera y despues los convidados españoles irán hasta París y los franceses vendrán á Madrid, celebrándose banquetes en una y otra capital *in honorem tanti festi*. Hecho esto, quedará abierta á la explotación pública la línea directa entre las dos capitales y podremos decir con mas verdad y en otro sentido que Luis XIV: ya no hay Pirineos. Los adelantos de la civilización tienden en efecto á unir á los pueblos y á destruir por consiguiente las barreras que antes les separaban. Lástima que despues de tantos afanes para aplanar los obstáculos materiales que se interponen entre dos pueblos, venga el fisco á levantar barreras ficticias, plantando aduanas, imponiendo derechos, y preparando trabas para dificultar lo que tanto ha costado poner corriente y espedito. Pero como de esas contradicciones vemos á cada paso en esta época de transición en que las nuevas ideas no han penetrado todavía profundamente en el ánimo de todos hasta el punto de hacerles sacar las legítimas consecuencias que de su aplicación se desprenden, y en que las teorías y las prácticas antiguas se resisten y luchan y van perdiendo terreno

muy poco á poco, costando un combate cada palmo que ceden.

Por esta razon creemos que si bien los caminos de hierro han dado un golpe de mucha gravedad á las aduanas, en las cuales no se podrá ejercer ya la vigilancia esquisita que en otro tiempo, todavía el sistema aduanero no acabará en la tierra hasta que se invente el medio de dar direccion á los globos. La ciencia trabaja para este invento y no dudamos que logre su deseo: entonces será cuando las aduanas habrán perdido completamente el pleito, como si dijéramos en grado de revista y cuando las contribuciones de puertas y consumos habrán dejado de existir. Los que hoy son vistas de aduanas, carabineros y dependientes del resguardo pasarán á ser vigías, conductores de tren y telegrafistas en la navegacion aérea; y el Estado tendrá que apelar á otras fuentes de ingresos para suplir lo que va á faltarle de resultados de esta gran mejora.

Y no se crea que la navegacion aérea es un problema insoluble ni que su resolusion esté muy lejos. No hay mas que ir á Valencia y allí en una alquería de las orillas del mar se verán sobresalir de los techos de las casas y erguirse en los aires como diciendo allá voy, varios maderos de estrañas figuras. Esos maderos forman parte de un aparato que hace muchos años se construye por el señor Dombon con el objeto de emprender viajes aéreos por un método nuevo y original suyo. El señor Dombon hace largo tiempo que trabaja en la cuestion magna de dar direccion á los globos y lleva muy adelantado su artificio; de suerte que no seria extraño que el día menos pensado la poblacion de Madrid se viese sorprendida por una aparicion misteriosa en la atmósfera. La gente se quedaria con la boca abierta mirando al cielo; los astrónomos del Observatorio enristrarian el telescopio de la torre giratoria y todos estaríamos á la expectativa del fenómeno, mientras el señor Dombon, cerniéndose magistuosamente sobre nosotros dejaria en suspenso nuestra curiosidad y despues comenzaria á bajar sosegado y tranquilo como hombre satisfecho de sí mismo y tomaria puerto en la puerta del Sol ó bien en la plaza de Oriente. Mucho celebraremos que asi suceda.

Volviendo al viaje directo á París recomendamos á los que fueren allá que no se vengán sin ver una particularidad que ofrece el Bois de Boulogne. Allí hay un *aquarium*. ¿Saben ustedes lo que es un *aquarium*? Una invencioncita moderna muy curiosa: un pequeño estanque donde se mantienen plantas y animales acuáticos

combinados de tal modo y en tal equilibrio, que las secreciones animales conservan lozanas las plantas y las plantas purifican el agua que sirve á la vida animal: asi como en el Océano y en los rios la vida vegetal y la animal están equilibradas, del mismo modo se ha querido y se ha conseguido equilibrarlas en estos estanques llamados *aquarium*. En Inglaterra no hay naturalista ni aficionado que no tenga el suyo y muchas señoritas tienen por adorno en sus gabinetes algunos de estos receptáculos con cristales, por cuyo medio observan las costumbres de ciertos pececillos y moluscos y el modo de ser y de crecer de varias preciosas plantas.

Pues ahora bien, dada esta esplicacion diremos á los que vayan á París que al llegar al *aquarium* no hagan caso de él y se dirijan desde luego á un piloncillo inmediato donde verán una especie particular de rana; pero qué rana! Ya recordarán ustedes la fábula de la rana y el buey, fábula que llaman de Lafontaine, aunque Lafontaine la tomó de los griegos, los cuales la tomaron de los árabes y estos de los indios y nuestro Samaniego la tradujo de todos ellos. Trátase en ella de una rana que admirada de la magnitud de un buey quíso ser como él y se infló tanto que llegó á reventar. Ranas de esta clase, moralmente hablando, se encuentran muchas por el mundo, las cuales se inflan queriendo pasar por bueyes mientras no pasan de ser unas pobres ranas. Mas hasta ahora no se ha dado el caso material de una *rana-buey*. Pues bien, una muestra de la *rana-buey* es la que invitamos nosotros á ver en el Bois de Boulogne cerca del *aquarium*. Esta rana es comestible á diferencia de las otras que solo tienen las ancas buenas de comer: llámanla los naturalistas *rana mugiens*, *rana mugiente* porque dicen que en efecto muge como una vaca que hubiese perdido el becerro. Es de la mayor especie conocida; tiene cerca de media vara desde la punta del hocico hasta el extremo de las patas posteriores; salta con gran agilidad espacios de diez y doce pies y se mantiene de insectos y de alguna avejilla acuática. Su carne es blanca y por lo gelatinosa muy nutritiva: y los médicos se han detenido hasta ahora en propinarla para los enfermos del pecho, porque no hay tal abundancia de ranas de esta especie que puedan presentarse al consumo público. Pero luego que se pueblen los charcos y estanques de París y se estienda á toda la Francia la cria de esta rana especial, verán ustedes que prisa se da la facultad de medicina á recomendar el uso de manjar tan sustancioso. Y repetimos que toda esta rana

es comestible, á escepcion de las entrañas y la piel, lo cual se comprende fácilmente porque la piel es dura y las entrañas son malas siempre en esta clase de animales.

Investigando la historia de tan nueva especie hemos hallado que la rana-buey es originaria de la América del Norte, hallándose lo mismo en los países abolicionistas que en los esclavistas: algunos individuos de su especie, sin duda huyendo de la guerra, fueron saltando de estanque en estanque y de charco en charco hasta la orilla de unas fuentes de agua dulce en Boston y Halifax. Metiéronse luego en los toneles de los buques que iban allí á hacer aguada y en ellos vinieron hasta Inglaterra donde encontraron especuladores que se dedicaron á la cria de ranas, porque en Inglaterra se especula en todo. Viendo los franceses el gran resultado que podría obtenerse de esta nueva industria, no quisieron que la nacion rival se les adelantase y se hicieron traer al establecimiento del Bois de Boulogne unas cuantas parejas de ranas de ambos sexos que tienen ahora como si dijéramos en infusión para despues ir repartiendo las crías.

Ahora bien, lo que deseamos nosotros saber y por eso rogamos á los naturalistas que vayan á París que se informen bien del caso y nos comuniquen las noticias que adquieran, lo que deseamos saber, es si esas ranas de París son verdaderamente ranas ó ha habido algun *quid pro quo* efecto de la mala fé de los ingleses. La *pérfida Albion* suele jugar malas pasadas á sus vecinos; y así como á otras naciones les ha dado á veces gato por liebre, no sería extraño que hubiese dado á Francia sapo por rana. La cuestion, pues, la cuestion vital que encomendamos á los naturalistas españoles es la siguiente: el animal que con el nombre de rana se conserva en el pylon inmediato al aquarium del Bois de Boulogne ¿es rana ó es sapo? De la resolusion de esta cuestion dependen intereses muy complicados mucho mas de lo que á primera vista parece.

Por esta revista, y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL MAHABHARATTA Y LA LITERATURA

DE LA INDIA.

La literatura india, obra de un mundo tan extraño y tan nuevo, ha sido durante mucho tiempo desconocida para la Europa. Se sabia, desde hace ya siglos que la India es el país de las maravillas, que en su suelo hollado por las primeras razas, la imaginacion de los hombres, tan atrevida como la naturaleza, se habia revelado casi desde el origen de las cosas bajo las formas mas sorprendentes; se sabia que este país de la quimera y de la fantasia era tambien el país de las realidades y la cuna de las verdades mas fecundas; se sabia que el manantial de tantas alegorías ingeniosas que se han esparcido al través de los pueblos, habia brotado por primera vez á los pies del Himalaya y se esperaba que en estos mitos de una concepcion tan extraña, un talento perspicaz encontraria á la vez el espiritualismo mas elevado y el reflejo mas vivo de la historia primitiva.

Los griegos que tenían todos los presentimientos del genio y que adivinaban lo que no habian aprendido, los griegos que no sospecharon la existencia de la América y celebraron con la lengua de Platon los esplendores de la Atlántida, no se equivocaron en cuanto á la importancia de la India y enviaron á sus poetas, á sus héroes y á sus sabios á estudiar aquel país prodigioso que los habia dado una parte de sus creencias y hasta de sus costumbres, pero la India permaneció impenetrable para todos. El esfuerzo de la Grecia no tuvo un éxito feliz; ni la ciencia de Pitágoras, ni el heroísmo de Alejandro, ni el poderío de los Seleucidas pudieron arrancar á la patria de Manu y de Krishna el secreto que habia resuelto no descubrir. En la época de los bárbaros, ni los árabes con su cimitarra, ni los mogoles con su lanza pudieron penetrar el misterio de sus libros sagrados; en épocas mas próximas, cuando la afortunada audacia de Vasco de Gama llevó la Europa á la India, la violencia de los portugueses no pudo obtener nada de ella, que indignada ocultó de nuevo su rostro y permaneció muda ante los que la interrogaban con demasiada soberbia.

Era preciso para descubrir sus misterios la investigacion paciente é infatigable de los sabios que habiéndose impuesto por tarea el leer en la antigua noche de los tiempos, desenvolvió poco á poco las hojas de palmera conservadas en secreto en el fondo de los santuarios de Elefanta y en los hipogeos de Isur, presentándonos los tesoros de la literatura mas rica, mas pura y mas noble que antes de la luz divina emanada de los ojos de Jesus, ha elevado ó consolado jamás á la humanidad.

Esta literatura es de una riqueza asombrosa; el ocuparnos de ella en general seria una tarea muy superior á nuestras fuerzas; por lo tanto en el presente artículo no trataremos mas que dar á conocer sucintamente uno

de sus poemas épicos, cuya fama es ya europea, el Mahabharatta.

De todos los cielos poéticos, el cielo indio es tal vez aquel al que el favor de los dioses y el genio del hombre han dotado de una vida mas brillante. Las epopeyas indias son numerosas y parecen participar de las proporciones de la naturaleza gigante de su patria; nacidas al pie del Himalaya que es el mas alto de los montes y en las orillas del Ganges que es el mas vasto de los rios, toman de todo lo que les rodea algo de esta grandeza que nos admira y nos subyuga.

El Mahabharatta es una obra inmensa que no tiene menos de doscientos mil versos y es el mas largo de los poemas conocidos. Comparado con las mayores composiciones clásicas, con la Iliada que no llega á diez y seis mil versos, con la Odisea que viene á tener doce mil y con la Eneida que no excede de diez mil, el Mahabharatta es colosal.

Sin embargo, para los indios no era mucho mas de lo que es para nosotros un soneto, porque en este poema no veian mas que un compendio del Mahabharatta de los dioses, el celestial autor del cual no se habia definido hasta que llegó al número aterrador de doce millones de versos. Afortunadamente los elegidos no estaban obligados á leerlo por completo, pues de tener que hacerlo así, el cielo de Indra se hubiera podido llamar purgatorio.

El Mahabharatta tuvo por autor, ó mas bien por coordinador supremo á Vyasa, cuyo nombre, sin duda simbólico, quiere decir compilador, el cual era hijo de un hombre célebre por su ciencia, llamado Parasara y de Satyavati, mujer que tenia fama por su belleza. Esta obra, que se ha llamado con razon el poema del antropomorfismo, nos revela una religion á la vez mas complicada y de mas atractivo que la de los vedas, y sus tipos divinos se hallan animados como los dioses de la Grecia, de pasiones humanas; hé aquí la causa principal de que nos interesen, nos conmuevan y nos cautiven.

Seria difícil analizar, sin estendernos demasiado, este trabajo de muchas generaciones, tal vez de muchos siglos, acerca del cual la ciencia moderna no ha dicho aun su última palabra, pero en el que ha encontrado ya el comentario elocuente de las tradiciones sagradas y de las leyendas heroicas que el Ganges y el Indo parecen arrastrar con sus olas. Bajo una forma exuberante y que á veces ciega á fuerza de esplendor la antigua civilizacion de los indios, nos propone el enigma aun no resuelto de su pasado y en medio de sus dogmas mezclados de fatalismo y de filosofia, nos desenvuelve su mitología panteista, en la que se hallan confundidos en el mismo respeto y en el mismo amor, los dioses, los hombres, los animales y las fuerzas de la naturaleza, todo lo que vive, ó por decirlo con mas propiedad, todo lo que es. Al cerrar este libro extraño parece que quedamos como deslumbrados; delante de nosotros, pero en un orden confuso, vemos pasar todas estas castas enemigas, estos sacerdotes levantando y derribando tronos, estos reyes que se inclinan ante los altares y estas divinidades de toda clase y de toda especie que recorren la serie de sus metamorfosis y que la voz de un hombre piadoso hace descender del cielo del mismo modo que la voz de nuestros sacerdotes llama y encarna el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo bajo las especies místicas de la Sagrada Eucaristia.

El principio del Mahabharatta nos conduce á un monasterio consagrado á Brahma; los sacerdotes se hallan en conversacion. Uno de ellos invitado por sus compañeros para hacer oír sus cantos, refiere la lucha de los Coros y los Pandos ó de los hijos de Koro y de Pandu, descendientes del rey Bharata. Se sabe que los pandos protegidos por Krishna quitaron á los koros la posesion de la India. No seguiremos el hilo de esta relacion demasiado larga, interrumpida frecuentemente por acciones de gracias, ceremonias religiosas y cantos sagrados; no haremos mas que indicar los trozos mas notables, los que por la belleza de la forma ó la nobleza del pensamiento merecen llegar á ser clásicos, formar parte de nuestros recuerdos y aumentar los tesoros de nuestra alma. Tales son, por ejemplo, el rapto de Droupadi, especie de Elena del mundo indio, la preparacion de la amrita, que era para los dioses del cielo de Indra lo que la ambrosia para los del Olimpo; el diluvio, el Bhagavad-Guita ó viaje de Ardschuna al cielo de Indra y su diálogo con Wisnú que contiene todo un tratado de metafísica y proclama en términos magníficos el dogma de la inmortalidad del alma y el desprecio supremo del cuerpo, de la vida y de la materia.

Este diálogo conmovedor, como un drama, tiene por teatro un campo de batalla. Ardschuna, uno de los héroes de la epopeya india, siente desfallecer su corazón y su mano al aspecto de los parientes y amigos á quienes es preciso herir en medio de los horrores de la guerra civil. Krishna, que combate á su lado con una impasibilidad que no tienen los dioses violentos de Homero, repréndese sus vanos temores y alienta su valor.

«¿Qué temas? le dice Krishna; el sabio no se aflige nunca por los muertos ni por los vivos. Yo he existido desde toda la eternidad, tú tambien y no podemos dejar de existir nunca. Nos transformamos, pero no moriremos; el alma en estas transformaciones sucesivas experimenta la infancia, la juventud, la vejez como las es-

perimentamos aquí en la tierra. El que está firme en esta creencia no se turba por nada. Nuestros órganos materiales y pasajeros son los que nos dan aquí estas sensaciones de calor y de frío, de placer ó de dolor, pero estas cosas no existen por sí mismas.

«Has de saber que aquel que ha creado todo, es incorruptible é inalterable y no hay nada que pueda destruir ni modificar lo que no es susceptible de destruccion. El alma no puede matar ni ser muerta; del mismo modo que el hombre desecha un vestido viejo para adornarse con otro nuevo, así el alma habiéndose despojado de su forma antigua, toma otra nueva. El hierro no puede dividirla, ni el fuego abrasarla, ni el agua corromperla, ni el aire alterarla... pero bien sea que te imagines que muere con el cuerpo, bien que creas como yo que es eterna, no te aflijas, porque todas las cosas que han tenido principio tienen fin, y las cosas sujetas á la muerte deben tener un regenerador. El estado precedente de los seres es desconocido, su estado actual visible y su estado futuro un misterio. No consultes tus vanas opiniones ni tus vanos terrores; no consultes mas que tu conciencia y tu deber que te ordenan morir por la causa de tu pueblo. Poco importa que seas vencido ó vencedor, la virtud está en el acto y no en el resultado de él. Solo el que ha renunciado al fruto temporal de sus actos es verdaderamente sabio y santo y está libre de los lazos de la materia, vive ya en las regiones de la inmutable felicidad.»

El discípulo pregunta entonces dónde encontrará este hombre sabio y casi divino.

«Escucha, responde Krishna, el que se halla firme en la santidad y en la luz, y el que borra de su corazón todos los deseos excepto el de la contemplacion de Dios y de sí mismo, el que no se alegra ni se entristece de lo que se llama el bien ni el mal, el que concentra todos sus deseos en Dios del mismo modo que la tortuga repliega á su voluntad todos sus miembros bajo su concha, ese es el hombre sabio. El hombre hambriento no piensa mas que en los alimentos que pueden saciar su hambre, pero el sabio olvida el hambre misma para alimentarse solo de su Dios.»

Ardschuna pregunta aun quién impele los hombres á cometer el mal.

«Hay una concupiscencia, contesta Krishna, nacida del principio carnal, llena de pecados, que se mueve incesantemente en nosotros; el mundo está envuelto en esta concupiscencia como el fuego lo está por el humo y el hierro por el orin; se complace en trabajar en los sentidos, en el corazón, en la inteligencia pervertida del hombre y en entorpecer su alma; aplígate á vencerla en tus pasiones comprimidas. Se admiran los órganos materiales, pero el alma es superior á la inteligencia, pero ¿hay algo superior al alma? Combate á tu enemigo que toma en tí la forma del deseo.»

Ardschuna pregunta aun á dónde va el hombre despues de su muerte.

«El bien va al bien, y el mal va al mal; pero el hombre no deja de existir bajo otras formas hasta que está regenerado por completo en el bien. Hombres de una vida rígida y laboriosa vienen á prosternarse humildemente ante mí glorificando mi nombre y ocupados sin cesar en mi servicio. Otros me sirven adorándome, á mi cuyo rostro se halla vuelto hácia todas partes; me adoran cultivando la sabiduría bajo diversas formas. Yo soy el sacrificio, soy el culto, el incienso, la adoracion, las ceremonias que se hacen á los manes de los antepasados, soy las ofrendas, soy el padre y la madre de este mundo. Soy el único santo digno de ser conocido; soy el consolador, el creador, el testigo, el asilo y el amigo. Soy la generacion y la disolucion, el lugar en donde residen todas las cosas y el germen inagotable de la naturaleza entera. Soy la claridad del sol y la lluvia; soy el que saca los seres de la nada y el que los vuelve á ella; soy la muerte y la inmortalidad; soy el Ser.»

¿No parece todo este pasaje una paráfrasis de un trozo de la Biblia?

El Dios continúa despues diciendo:

Considera á este mundo como un lugar de paso triste y corto y sírveme á mí únicamente. ¡El resto no es nada! ¡Yo perdono al pecador cuando vuelve á mí y purifico al que está manchado! Estoy en los que me sirven y me adoran con verdad, y ellos están en mí. Si el que ha obrado mal vuelve á mí y me sirve, queda tan justificado como el justo. ¡Une tu alma á mí, mírame como tú asilo y tú entrarás en mí!»

No seguiremos á Krishna en la brillante enumeracion que nos hace de las diversas formas, bajo las cuales se manifiesta á la naturaleza en sus creaciones y en su providencia, pero para terminar citaremos el siguiente párrafo:

«Amo, dice, á aquel cuyo corazón libre de todo odio derrama su caridad sobre toda la naturaleza animada ó inanimada; al que no teme á los hombres, ni es temido de ellos; al que no desea nada para sí y todo para sus hermanos; al que es lo mismo en la gloria y en la humillacion, en la pena y en el placer; al que se eleva por el desprecio sobre las vicisitudes de la corta vida de aquí abajo para buscar al Brahma único, al principio soberano de todas las cosas.»

La mayor parte de los trozos que hemos citado ¿no parecen máximas de moral cristiana? ¿Qué modelo puede presentarnos la antigüedad clásica que sea compara-

ble a esta obra por la pureza de su moral y por lo elevado de sus doctrinas? Fuera del Cristianismo en ninguna parte encontraremos una elevación tal de ideas, un desprecio más profundo de las cosas terrestres y un sentimiento más puro de la superioridad del espíritu sobre la materia. En vano pediríamos esta sublimidad de ideas al viejo Homero; Platon mismo se eleva apenas hasta tal punto y aun solo por accesos; en el poeta indio lo sublime parece ser el elemento natural.

La literatura india posee aun otros dos poemas sumamente notables por los sentimientos de virtud y de pureza que están espesados en ellos; tales son el de Savitri, obra maestra cuya belleza moral, dice Enault, no ha sido superada por obra alguna de ninguna otra literatura. El otro poema es el titulado Nala y Dayamanti, cuyo argumento puede decirse que es la fidelidad de una esposa a un marido indigno de ella al que atrae por último a su lado perdonándole su maldad; todo este poema tiene un carácter de dulzura admirable.

La literatura india cuenta aun un gran número de composiciones poéticas de menor importancia, de piezas teatrales, entre las que el drama de Sakontala es la más notable, de fábulas, etc., etc., etc., pero entre todas las composiciones poéticas de esta rica y variada literatura, no hay nada comparable al poema titulado Ramayana del que tal vez nos ocuparemos algún día.

A.

VIAJE AL AFRICA CENTRAL

Y A LA ISLA DE FERNANDO POO.

(CONTINUACION.)

Aquel clima es enervante y mal sano, no á consecuencia de los excesivos calores, sino á causa de la humedad y de la elevación de la temperatura media, siendo las noches tan calientes como los días; así el cuerpo en lugar de refrescarse se debilita por grados hasta que se apodera de él la fiebre á la menor imprudencia que se cometa. Así siempre evitaba con el mayor cuidado el esponerme á los rayos del sol en la mitad del día, usando siempre que salía por mañana ó por la tarde un paraguas blanco que defendiese mi cabeza. Las lluvias durante la larga estación de seis meses, corrompen las sustancias vegetales acumuladas en la tierra que los ardores de la estación seca dejan al descubierto, y de ellas se exhalan entonces vapores tan moféticos que apenas pueden resistir los mismos indígenas. La estación de la seca es indudablemente la más mal sana.

Las fiebres africanas son una fiebre *sui generis*, y las subdivisiones de esta enfermedad en fiebres continuas, remitentes é intermitentes, solo sirven para confundir á médicos y enfermos. Se refieren á su grado de intensidad, no á su esencia, sino á su forma. En su forma benigna, la fiebre es intermitente, es decir, que de una estación á otra hay intervalo de buena salud. Mas grave la calentura se hace remitente, si de los accesos febriles solo hay remitiencia de síntomas, y no desaparece enteramente. En su mayor intensidad es la fiebre continua, y en ésta para los que no están espertos en esta clase de enfermedades, parece hay ausencia total de cambios parasismales, y camina siempre á una terminación fatal.

El mal debe atenderse desde el primer síntoma con que se presenta; y ataca si uno se espona al sol, si uno se espona á la lluvia, si uno conserva humedad en sus vestidos ó si le falta la moderación en cualquier cosa, tanto en lo físico como en lo moral. Los síntomas son, pérdida del apetito, cierta irritabilidad de genio, pesadez en la cabeza, languidez general, mal sabor de boca, bostezos continuos y ganas de esperezarse.

Si se descuida este primer aviso, pronto se siente una ligera sensación de frío, luego viene el verdadero frío, ligero algunas veces, las más violento.

Cuando el frío ha durado más ó menos tiempo, viene la invasión de la fiebre. El progreso del calor febril dura sobre unas seis horas, despues de las que disminuye por grados. Cuando cesa queda aliviado el enfermo, empero con grade enervamiento y un no sé qué de cadavérico en su rostro. En los intervalos de los ataques es preciso tomar quinina, en tan fuertes dosis como pueda resistirse, porque el Africa no es el país de las pequeñas dosis. La quinina se toma interiormente por lo comun, ó aplicada en fricciones exteriores, y tambien por medio de inyecciones.

El gran adelanto de la época, es el descubrimiento de que la quinina, no tan solo cura, sino que impide la enfermedad, y que con el uso prudente de esta preciosa droga, muchos (y yo soy un vivo ejemplar) pueden vivir illesos en medio de los terrenos más pantanosos é insalubres.

La fiebre de que acabamos de hablar, es la fiebre comun y benigna de Fernando Poo y de toda la costa, la más sencilla, la menos peligrosa de todas. Hay tambien otros síntomas que se manifiestan al lado de los primeros, y que producen una fiebre intermitente *complicada*, que desde luego es mucho más seria y muy difícil de curar, sobre todo si llega á pasar al estado crónico.

La ocasiona la inflamación del bazo y del hígado. El bazo se halla sujeto á una hinchazón que se hace crónica cuando los enfermos padecen con frecuencia fiebres intermitentes; así, las personas que padezcan esta incha, no tienen más remedio que abandonar con tiempo la isla. Estas afecciones del bazo, no se determinan tan claramente como las del hígado, que marcan fácilmente sus efectos sobre el color general de la piel, y ponen amarillo lo blanco de los ojos.

La fiebre intermitente es insidiosa en sus ataques. Así, los primeros frios son tan ligeros, que muchos los descuidan, y entonces la traidora enfermedad se posesiona completamente de ellos.

La más peligrosa de las fiebres africanas, es la conocida con el nombre de maligna *perniciosa*. Las gentes robustas y sanguíneas, están más espuestas á sus violentos ataques que las flacas y enfermizas. Es muy notable que el clima de Africa, es más funesto para las primeras que para las segundas. Ni una larga residencia en el país, ni una completa aclimatación, bastan á defender á un hombre contra la invasión de la fiebre perniciosa. Yo he visto los colonos, cuando los habia, y algunos soldados arrebatados con una rapidez verdaderamente horrible. En estado de más completa salud, en veinticuatro ó treinta y seis horas habian bajado al sepulcro!

Durante mi permanencia en Africa, yo he seguido con constante atención las diversas fases de las famosas fiebres africanas, he estudiado en mí mismo, para prevenirlos, sus síntomas, y en la cabecera de los enfermos la marcha insidiosa de sus ataques.

Debo de ser justo, y en honor de los médicos confesar que jamás he estudiado medicina, y que no conozco de las enfermedades y de sus remedios, sino lo que las exigencias de mi cargo de alto empleado en un país bárbaro y mal sano, me han obligado á aprender por experiencia. La necesidad es un gran maestro.

En suma, el clima de Fernando Poo es en general benigno, y muy ventajoso al que se experimenta en las costas y los rios del continente africano. A Fernando Poo vienen á curarse los enfermos de la estación inglesa ocupada en la exploración del Niger y en Fernando Poo; entre centenares de negros indígenas, he visto muy pocas de esas terribles enfermedades tan comunes en las razas que pueblan las costas, como elefantiasis hidrocéles, escrófulas y la terrible lombriz de Guinea.

Feracísimo es el terreno de la isla de Fernando Poo, y su suelo, virgen en casi toda su extensión, ostenta un magnífico verdor y la gigantesca vegetación propia de los países tropicales. Los árboles más comunes son el cedro, el caobo y la palmera, gigantescos y tan apiñados en algunos puntos, que no es dado penetrar en los bosques. Las yerbas que cubren el suelo pasan de la altura de un hombre, y en vano es el rozarlas, pues á los pocos días vuelven á recobrar su primitiva altura.

No es fácil formar idea exacta de su riqueza vegetal, porque la única parte bien explorada es la inmediata á la colonia de Santa Isabel, y á muy corta distancia de la población que es hasta donde han llegado los desmontes del terreno, desmontes hechos con grandísimo trabajo, verdadera lucha de la naturaleza con el hombre, en que ésta vuelve á levantar con mayor lozanía en breve lo que con inmenso trabajo derriba el hacha del krumán. Nada se sabe del interior de la isla, á pesar de algunas pequeñas expediciones que con más temeridad que buen éxito se han emprendido.

Hay muchos árboles frutales en la isla. Abundan los naranjos, limoneros, guayabos, mangos, tamarindos, plátanos de diversas especies, y sobre todo, las piñas, empero inferiores á las de la Habana. Muy ponderadas son las naranjas de Fernando Poo, mas sea efecto del terreno ó de que crecen sin cultivo, las he encontrado siempre muy inferiores y de un sabor menos grato que las de nuestras Andalucía y Valencia.

El algodón se cria allí espontáneamente, y ahora se ha tratado de perfeccionarlo por el cultivo, así como el café, para lo cual, como referiré más adelante, fué yo á la isla de San Tome á proporcionar un número considerable de plantas.

La planta de más utilidad y producto de la isla es el *ñame*, planta tuberculosa del género de la patata, y en cuya producción no reconoce rival la isla de Fernando Poo. Es casi superior á la batata de Málaga, es la riqueza verdadera, el alimento del país. Es la comida del indígena y de los krumanes trabajadores que con un puñado de arroz cocido y dos ñames se mantienen fuertes y robustos para las rudas faenas del campo.

Las palmeras alimentan el comercio de la isla con la extracción de su aceite, aunque groseramente elaborado por los negros, pero que despues purifica el arte de los europeos para aplicarlo segun las prescripciones de la química á la industria. Sirve tambien para el condimento de las comidas de los indígenas y para el alumbrado de las casas. La palmera tambien les proporciona con su jugo una bebida embriagadora á que son los indígenas muy aficionados. Este vino que sacan de la palmera por fermentación, es de color de leche, acre, picante, y á no beberlo inmediatamente adquiere extraordinaria fortaleza. Algunas veces, cediendo á sus obsequios, he tenido precisión de probarlo, y su sabor me ha sido muy desagradable. Son los indígenas muy aficionados á este vino que van á procurarse á los bosques. En el curso

de mis expediciones he visto muchas veces una calabaza colgada de un tubo clavado en el corazón de un tronco de palmera. Aquel á quien pertenece acude regularmente por la mañana muy temprano á beber solo en el bosque su contenido, porque si lo llevase al pueblo podría algun amigo sediento pedirle de beber. Algunas palmeras se secan á fuerza de estas sangrías; pero como hay tantas y tan espesas, no se nota. Los hombres tienen gran alicion á emborracharse; he visto la mitad de los hombres de una tribu borrachos todos al mismo tiempo. Preciso es decir en honor de las mujeres, que tienen mucha más templanza aunque he visto tambien algunas en estado de embriaguez. La palmera les presta por último con sus hojas materiales para sus taparabos, para tejer sus sombreros y hacer quitasoles, y con sus hojas se techan las casas del opulento habitante de Santa Isabel y la cabaña del boubi para preservarlas de la lluvia. La palmera es la Providencia del africano, y en ella encuentra remedio á todas sus necesidades.

Las palmeras crecen por todas partes y aun en los terrenos más pobres son más elevadas y más numerosas. En ciertos sitios las aguas han descarnado el suelo dejando desnudas inmensas raíces nudosas, que se extienden y prolongan á lo lejos cual gruesas serpientes.

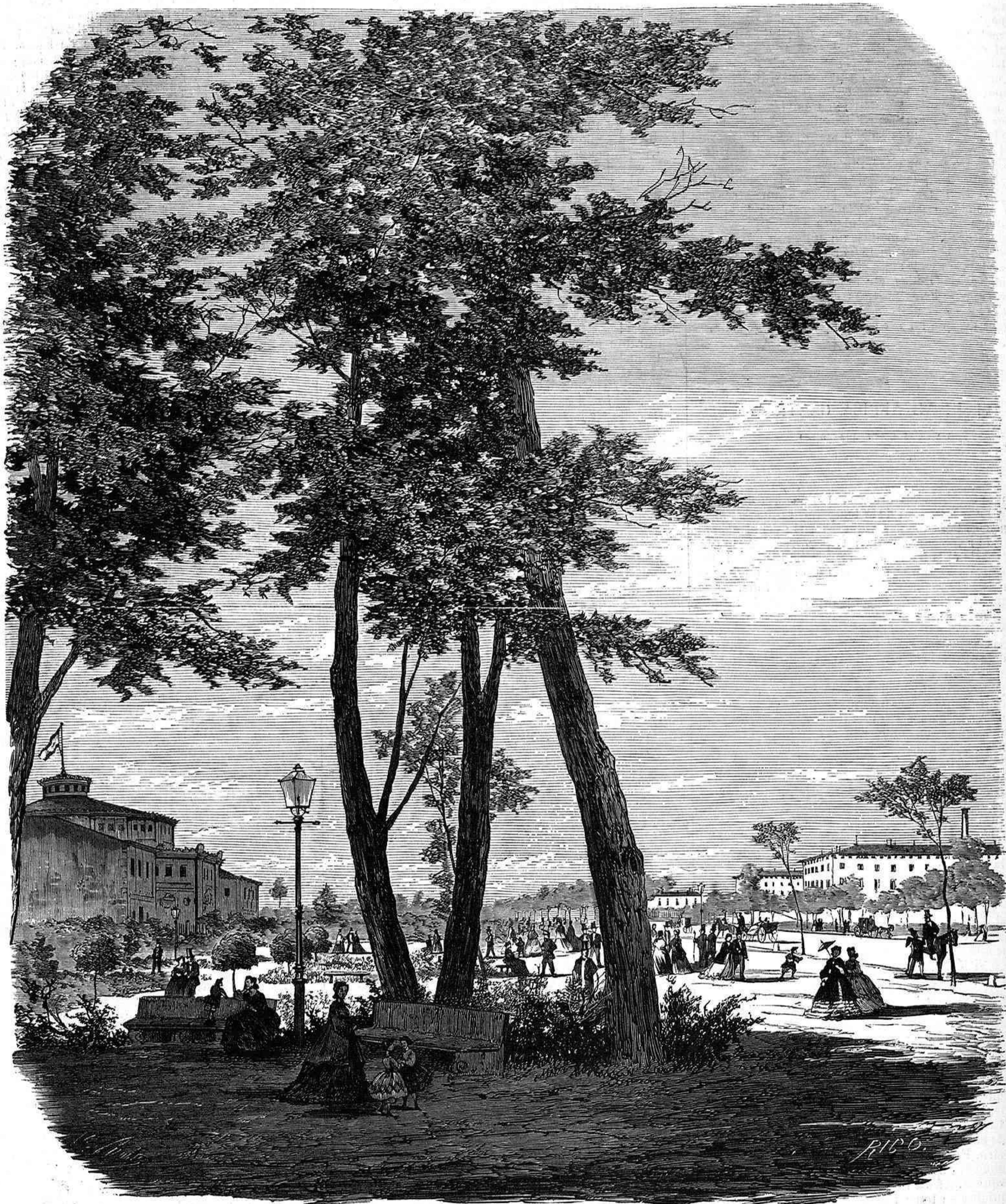
En el reino animal presenta tambien la isla un rico campo á las exploraciones de un naturalista.

El leon, comun al Norte y al Sur del Africa no habita en su comarca. Tampoco se conocen la cebra, ni la gírafa, ni el rinoceronte, ni el avestruz, ni un gran número de antílopes, animales tan entendidos en las otras partes del continente. No se encuentran ni bestias de carga, ni bueyes, ni camellos, ni caballos, ni burros. En suma, los únicos animales domésticos son los llamas, especie de cabras; una especie de carneros, y las gallinas. Hay abundancia y gran variedad de gacelas que regocijan la vista del cazador; muchos monos, puerco-espines, loros cenicientos, urracas y pocos faisanes. De los animales carnívoros solo he visto el gato montés, soberbio animal de los que á su tiempo referiré la caza.

Hay muy poco ganado de cerda y lanar, no en la proporción que debería esperarse de los abundantes y ricos pastos de la isla. Hay muchas culebras y animales venenosos; pero no en la abundancia que se encuentran en la costa inmediata. Yo, sin embargo, he podido recoger una soberbia colección de serpientes que he regalado al gabinete de Historia natural de la Universidad Central de Madrid, en donde pueden verse, y me sugirió esta idea no tanto mi alicion á los estudios zoológicos como el haberme encontrado un día mientras marchaba en una de mis frecuentes expediciones por el bosque al través de altas yerbas, de repente delante de una gruesa serpiente de la especie más venenosa de Africa. Era el *echididna nasicornis*, una de las que causan más terror á los negros indígenas. Por dicha mia divisé el reptil cuando no estaba sino algunos pasos de mí; y como es un animal perezoso y lento en sus movimientos, tuve tiempo de dispararle un tiro de mi escopeta de dos cañones y de matarle antes que desarrollase sus entumecidos resortes. Afortunadamente no destruí la cabeza y pude así conservarla y ser una de las que he mandado á Madrid. Los hábitos y costumbres de esta serpiente la hacen muy peligrosa para los viajeros que no desconfían de ella. No trepa á los árboles como la mayor parte de las serpientes de Africa sino que se tiende sobre la yerba ó en los pequeños claros de los bosques, y permanece allí absorbida en un semi-letargo. Si algo la escita ó se tropieza con ella, entonces se lanza con viveza. No se asusta por el ruido de los que se acercan. Es corta porque pocos individuos de su especie suelen llegar á cuatro pies de largo; empero, es muy gruesa. Yo he muerto algunas que tenían seis y ocho pulgadas de diámetro en su mayor espesor. Su piel estaba magníficamente manchada de pintas negras, y á cada lado de su ancha y aplastada nariz surgen tres escrescencias en forma de cuernos. La de encima, la mayor, está colocada sobre las narices. Su cabeza es triangular, ancha nariz y cola corta y puntiaguda. Los indígenas me han referido que su mordedura es siempre seguida de una muerte pronta y dolorosa.

Hay muchos insectos y muy incómodos, especialmente los mosquitos que son de una clase particular y que su picadura parece la de una abeja, y á no dormir envueltos en un mosquitero como yo lo he estado haciendo por espacio de tres años, las noches son de un tormento inaudito, porque hay que sostener una lucha con ellos, y á la mañana siguiente se levanta uno con el cuerpo hinchado y magullado cual si saliese de un campo de batalla. Ni el humo ni el fuego pueden nada contra estos insectos. Han sido uno de los tormentos más grandes que he tenido que soportar durante mi permanencia en la isla.

La clase más incómoda de insectos que se conoce es una especie de hormigas llamadas blancas, que todo lo invaden y que indudablemente se encuentran en miriadas donde quiera que haya algo que comer. Es animal invasor, y cuando el ejército de ellas se dirige á una casa, hay que abandonarla momentáneamente hasta que se retiran terminada su obra de destrucción que verifican en poquísimas horas. Hablaré más adelante de estas invasiones, y de la naturaleza de estos extraordinarios y particulares animales.



MADRID MODERNO.—NUEVO PASEO DE RECOLETOS.

Abundan también en la isla los escorpiones y los cienpies, y enormes lagartos.

En las costas de la isla hay abundantes y sabrosos pescados; el cóngrío, el pargo, la dorada, las rayas, el esturion, los calamares se crían en sus aguas; empero apenas están fuera de ellas algunas horas se corrompen inmediatamente. Hay tortugas de dimensiones colosales. El cocodrilo, tan abundante en las costas del inmediato continente africano, no se conoce en Fernando Poo, empero en cambio los feroces tiburones se ven llegar hasta sus playas y rodear los buques surtos en la

bahía, amenazando tragar cuanto pueda caer de ellos, ó al infeliz negro que tiene la imprudencia de bañarse en la orilla, siguiendo á veces en grandes grupos á las lanchas que sirven para la comunicacion de los buques con la bahía.

A grandes rasgos he procurado trazar el cuadro del escenario donde la suerte me había destinado á figurar como actor. Ahora voy á referir las impresiones que he recibido durante tres años en tan extraordinario y poco conocido país.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA, VIZONDE DE SAN JAVIER.

LA REINA DEL MUNDO.

Graves autores, oradores insignes y profundos diplomáticos han sostenido que la reina del mundo es la opinion pública, porque al fin consigue siempre lo que quiere.

Con perdon de esos graves, insignes y profundos caballeros, creo que la opinion pública tiene tanto de reina como yo de turco, á lo menos si, como parece que significa en su lenguaje, la palabra reina quiere dar á entender que su voluntad es ley por todos obedecida.



ISLA DE FERNANDO POO.—EL REY DE LOS BUBIES DE BASUPU Y SU FAMILIA. (DE FOTOGRAFÍA.)

¡La voluntad de la opinión pública una ley! ¡Que atrasados de noticias están esos señores!

La verdadera reina del mundo, aquella cuya voluntad es ley y ley inviolable y ley que todos obedecen, que todos acatan espontáneamente, es la moda.

La opinión pública, en primer lugar, no se la encuen-

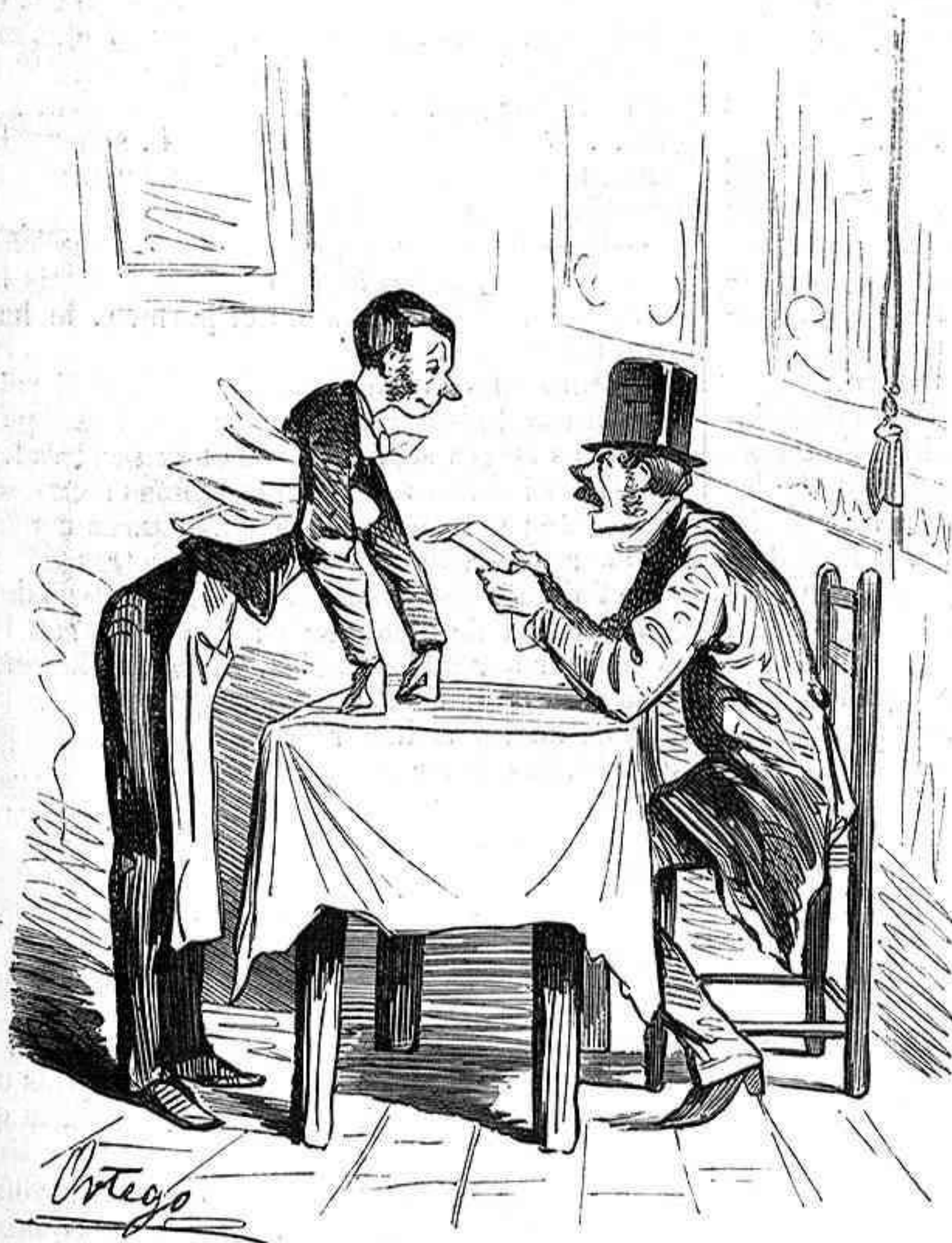
tra á veces aunque se la busque: de aquí la dificultad de preguntarle lo que quiere.

En segundo lugar, hay opiniones que se disfrazan de pública, siendo solamente unas opiniones particulares, y en ocasiones es difícilísimo y aun imposible distinguir la una de las otras.

En tercer lugar, cuando la verdadera opinión pública manifiesta un deseo, supuesto que se averigüe que ese deseo ha sido verdaderamente expresado por ella, se suelen pasar siglos antes de que se realice. Si esto es reinar, venga Dios y véalo.

En cambio la moda se encuentra en todo y en todas

EN LOS CAMPOS ELISEOS.



—¿Cómo es eso? tampoco hay ensalada,
—No señor, desde ayer no quedó nada.



¡Dos duros por un pollo con guisantes!
¡No he visto nunca pollos tan cargantes!

partes; sus manifestaciones son claras y no dejan lugar a duda; no se puede decir de ella que acaba por triunfar, como se dice de la opinion pública, sino que, como todo el mundo observa, empieza triunfando y triunfando continúa y siempre triunfa; y por último, ni hay ninguna falsa moda que usurpe el cetro de la verdadera, ni nadie se rebela contra sus fallos por caprichosos que parezcan, ni deja de seguir sus leyes por absurdas que sean.

Los habitantes de algunos puntos de la Australia, por ejemplo, se horadan la nariz para colgar dijes en ella, así como las mujeres de Europa se hacen agujeros en las orejas. La moda lo requiere y ninguna mujer europea deja de seguir obediente sus mandatos, así como ningún australiano respetable se atreve á ostentar sus narices mondas y desnudas de adornos.

En Europa se ha introducido la moda de saludar dándose la mano: en Australia, donde como vemos las narices desempeñan un papel importantísimo en la sociedad, la salutación es darse un mutuo restregon nasal. No restregar uno su nariz con la del que vá á visitarle es una falta de decencia y de decoro que no se perdona en Australia. Allí los chatos no son admitidos en sociedad.

En Siam y en la Cochinchina la gran belleza en hombres y mujeres impuesta por la moda es el tener los dientes negros; por lo mismo todo individuo que se respeta comienza á mascar betel desde que tiene uso de razon; y uno de los regalos que el magnánimo emperador Tu-Duc envió á la corte de España, cuando se hizo la paz, fue una cajita de betel con sus escupideras correspondientes.

Entre las tribus del Sur del Africa, la moda manda que se tengan orejas grandes; y las madres, así que nacen sus hijos, les introducen en las orejas tarugos proporcionados á su magnitud, cuyas dimensiones van aumentándose para dar á este órgano la estension requerida. Además hay tirones de orejas allá, como en Europa, para los muchachos; solo que allá son por via de perfeccionamiento y aquí por castigo.

En China no hay mujer *comme il faut* que pueda andar; la moda exige que no anden las mujeres, y así les fajan los pies desde niñas y no se les dejan crecer ni una línea. La que faltase á esta ley de la moda sería mirada como persona sin chispa de pudor, y así nadie falta.

Y no se crea que tenemos solamente ejemplos de países lejanos que citar, y que los absurdos no son también patrimonio nuestro. Tiene tal imperio la moda en Europa, y es tan universalmente obedecida, que no puede haber mandato suyo, por raro y caprichoso que sea, que no tenga inmediato cumplimiento. Hubo un tiempo en que la moda mandó que los ojos de las mujeres fuesen verdes, y no pueden ustedes figurarse el inmenso número de ojos verdes que dieron guerra á nuestros abuelos. Los poetas de los siglos XVI y XVII no hicieron otra cosa sino ponderar el verde de los ojos de sus damas. Se estilaron despues los ojos rasgados, y hubo ojos que se daban la mano por detrás de la cabeza á fuerza de rasgarse. Luego la moda mandó que fuesen dormidos, y todas las mujeres nacían ya con los párpados entornados, como ventana en estío. Ahora solo se permiten los ojos negros ó azules, y no se halla uno verde ni garzo aunque se busque con un candil.

¿Y qué diremos en materia de peinados? Prescindiendo de los grandes edificios de pelo que en otro tiempo eran obra maestra, y en que se empleaban todos los órdenes de arquitectura conocidos, ¿no se ha antojado á la moda en los meses pasados poner cuernos de cabra á las mujeres? Y todas las mujeres han salido á la calle con su peinado en forma de cuernos de cabra.

Lo mismo sucede hoy respecto de los paseos: la moda manda una cosa: no importa que sea absurda, no importa que sea ridícula, no importa que sea nociva á la salud: todo el mundo se apresura á obedecerla. El paseo del Prado es el mas bello, el mas higiénico, el mas agradable, el mas fresco en este tiempo. La moda lo abandonó un año y mandó que todo el mundo pasease junto al cerro de San Blas: y allá fuimos todos tragando polvo y saliva, porque en el Prado no había un alma. Algunos años despues, la moda dió un decreto para que el paseo se estableciese aquel verano en las alamedas inmediatas al Botánico, sitio poco despejado; pero nadie se opuso á cumplir la voluntad de esa verdadera y absoluta reina del mundo, y allí fuimos á parar con nuestros cuerpos. Por último, este año se le ha antojado á S. M. que hemos de pasear allá en Recoletos en un paraje estrecho, distante, incómodo, y todo cuanto se quiera, situado entre la casa de Moneda y el Circo llamado del Príncipe Alfonso. No se podía haber elegido paseo peor, aunque tiene bellas vistas, como verán ustedes por la viñeta que damos en este número; sin embargo, á ese paseo van cuantos quieren pasear, cuantos quieren lucir y cuantos individuos de uno y otro sexo tienen interés en ver y en ser vistos.

No sabemos á dónde nos elevará la moda el año que viene. Es seguro que si tiene el capricho de establecer el paseo en el puente de Toledo, allá iremos todos á pesar de los pesares. Y cuidado que los pesares del puente de Toledo son graves: el día en que allí baje todo el mundo á paseo, los fabricantes de agua de colonia se ponen las botas.

Quede, pues, consignado que no hay otra reina del

mundo, á lo menos en el sentido de *autócrata*, sino la moda. La moda tiene en su favor el derecho antiguo porque ha reinado siempre desde nuestro padre Adán, que eligió la hoja de parra para vestido, pudiendo haber elegido la de plátano ú otra, hasta nuestros días: y tiene también el derecho moderno, fundado en el sufragio universal. Nada, pues, le falta: manda sin consejo aúlico, y sobre todo sin senado; no acepta el parlamentarismo ni siquiera el cuerpo legislativo: dice su voluntad; presenta un tipo, un figurin y todo el mundo, hombres, mujeres y niños se conforman con la voluntad y se ajustan al tipo.

¡Y nos hablan de opinion pública! ¡Bah! ¡Si la opinion pública tuviera estas cualidades...!

N. FERNANDEZ CUESTA.

NO HAY SINONIMOS.

El ser político no es tener ni urbanidad ni decoro.

Al ver el fiscal el lema con que principiamos nuestro artículo, seguro estoy que le ha amenazado con su rojo lápiz. Esto nos tiene sin cuidado, porque con él no nos referimos á ese elemento de la vida de las naciones, sino á la compostura que el hombre debe guardar en sociedad.

La palabra política parece sinónima de urbanidad y decoro, pero no es así; la lengua castellana no tiene sinónimos; una cosa es política, otra cosa es *política*, otra urbanidad y otra decoro: ¡qué antonomasia! ¡qué antagonismo en una misma palabra! y ¡cuánto varia la significación en aquellas que parecen idénticas!

La política social se distingue de la política de los partidos, en que ésta se pone en lucha con sus adversarios, y aquella sucede lo contrario: aun las personas que se tienen mas odio con política, marchan unidos y sostienen sus relaciones; es un medio estratégico de que nos valemos para no aislarnos en sociedad; es un recurso que usamos con nuestros enemigos para sorprender sus maquinaciones, pues con ella penetramos en el fondo de su alma; es un resorte conocido de todos, y que saben tocar pocos: con política el amante descubre el corazón de su adorada, con política se retira si no le conviene, con política la seduce, y con política engaña á su familia.

En todos sentidos es peliaguda la política, por exigir condiciones que la mayor parte de los hombres no poseen: todos queremos ser políticos, todos buscamos esa magia de la política, pero ¡á cuán pocos se les revela esplendorosa! ¡cuántos hay, que creyendo dar un golpe de maestro, dan una pica! Desengañémonos, caros lectores, la política es una Minerva bajo la figura de Mentor, que solo conocen las inteligencias supremas: los pigmeos, los que á la vista de los cambios que produce en la sociedad, creen que han hallado la *piedra filosofal*, solo han vislumbrado los efectos, pero sin conocer sus causas.

Despues que desapareció del mundo aquella honradez proverbial, la política vino á remplazarla; pues fuera cuestion de irnos á las manos á cada instante con el prójimo; si claramente hubiéramos manifestado, que, para prestarle una cantidad, necesitábamos una escritura; exigencia que pone en duda su honradez; con política le decimos que es para un resguardo, y no se da por ofendido.

¡Qué políticamente nos piden algunos el dinero! ¡con qué política decimos que no tenemos un real!

¡Con qué política las solteras pescan un marido! la mujer domina á su esposo; los hombres se realzan; en una palabra, hasta nosotros mismos á quienes se nos está vedado hablar de política, vaya un medio para hablar de ella, y dar un desahogo á nuestras ideas y agradecer á los lectores.

La urbanidad no es ni la política ni el decoro.

La urbanidad distingue á los hombres bien educados de los que no lo son; la política á los hombres de talento de los ignorantes; el decoro á los honestos de los libertinos. Un hombre bien educado suele ser impolítico, porque carece de tacto para reprimir sus instintos: una persona desafia á otra, y ésta con política se deshace de un compromiso, del que depende tal vez su libertad ó su vida; sino tuviera mas que urbanidad, al verse insultado, estallaría por carecer de aquel requisito con que por lo general triunfamos de un adversario mejor que con las armas, sin que nos tachen de cobardes.

El decoro tampoco es la urbanidad ni la política.

El hombre tiene urbanidad ó sea buena educacion, política, esto es; ingenio y decoro ó respeto. Un hombre con política seduce á una jóven, faltando al decoro con que debe tratar al bello sexo: con urbanidad se aproxima á la mujer, y seducido por sus atractivos, prescindiendo del decoro se precipita en sus brazos por carecer de política para reprimirse.

¡Qué político es el marqués! Sí; pero es tan tramposo; tiene tantos *ingleses*.

Con qué urbanidad, se presentan algunos en las Cortes; y con qué poco decoro se producen despues.

Qué bien educado es fulano, pero con qué poca política sabe rechazar los epigramas de sus compañeros.

Por último, cada uno de estos tres sentimientos que

pueden llamarse complejos, por sí, no distinguen un hombre de otro: pero qué raro es el que los posee todos; el que se halla adornado de estos tres requisitos es en la sociedad, lo que el diamante entre el *cascalleo*, una piedra preciosa rodeada de lodo y de inmundicia.

La urbanidad tampoco es la buena educacion ni decoro, respeto, ni política, ingenio: la buena educacion es la teoría, la urbanidad su práctica; la educacion se aprende en el seno de la familia, la urbanidad es la aplicación de aquellos principios á la práctica social.

El respeto pone al hombre á cierta distancia de la mujer; el decoro le aísla por completo.

El ingenio ilumina el entendimiento del hombre, pero sino tiene política, no podrá hacer buen uso de sus bellas dotes: en este caso el ingenio es la espada, y la política la destreza con que se maneja.

Por último, muchos partidos tienen hombres de talento, pero les falta conocer la *política*, aunque les sobra política para dar á entender que son políticos.

Yo seguiría, queridos lectores, escribiendo sobre este asunto, pero soy enemigo de dejar por resolver las cuestiones: en un periódico del carácter literario como el nuestro, no puedo esplayar mis ideas; y para dar á la prensa lo que despues ha de mutilar el fiscal de imprenta, mejor es callar: otro día llegará, que tal vez hablemos mas y nos entendamos menos.

PEDRO BARRAGAN Y GUERRA.

LA LEY DEL EMBUDO.

LOS ADÚLTEROS.

III.

Nuestros lectores no llevarán á mal que para explicar el objeto que nos hemos propuesto, traslademos á la casa de doña Cayetana á todos los personajes que han tomado parte en la escena descrita en el artículo anterior, escepto la portera, constituyéndose *motu proprio* en una especie de jurado para residenciar la conducta del cajista y su compañera, habitantes de la buhardilla número 3, y adoptar contra ellos medidas tan extraordinarias, que obligaron á los entusiasmados polkistas del Eliseo Madrileño á tomar las de Villadiego de la calle Ancha de San Bernardo.

En la habitacion, pues, de doña Cayetana, doña Juana y doña Simona, entablóse entre estas buenas mujeres el siguiente diálogo:

—Ya he visto doña Cayetana á la vecinita que ha tomado el cuarto principal. Es muy linda y viste con gusto y lujo.

—¡Ah! Es una persona que sabe gastar el dinero, dijo doña Cayetana.

—Segun me han contado, añadió doña Simona dándose aire de bien informada, ha amueblado la casa con gran lujo.

Un oficial de tapicero, que es novio de mi criada, refiere que no se ha escaseado nada para alhajar su habitacion: la han puesto como para una princesa. ¡Qué alfombras! ¡Qué sillerías doradas! ¡Qué magníficos espejos de dos varas de alto por vara y media de ancho! ¡Qué candelabros y relojes! ¡Pues, y el comedor! Esa es la mejor pieza de la casa... ¡Qué aparadores de palo santo con molduras é incrustados de nácar! ¡Qué vajilla!... Vamos, la vecina de usted, señora doña Cayetana, no tiene que envidiar nada en lujo y en boato á las señoras mas principales de la corte.

—Pues no digo nada en carruajes, replicó doña Juana... Cuatro nuevos la han traído de París hace pocos días, que, segun ha dicho el portero, le han costado ocho mil duros...

—Pues en servidumbre, añadió doña Cayetana, tiene la casa montada como un palacio. ¡Si cualquiera de las doncellas de esa señora parece una condesa!...

—Y de las ricas, dijo doña Simona sonriendo sarcásticamente; porque condesa y marquesa conozco yo con menos rentas que cualquiera de nosotras.

—Y diga usted, doña Cayetana, añadió doña Juana, ¿sabe usted de dónde sale tanto boato?... Porque no es esto formar malos juicios, y Dios me libre de meterme en la casa de nadie, que yo respeto mucho la libertad de cada cual para hacer de su capa un sayo; pero segun he oido, esa señora no es viuda, ni casada...

—Ya, vamos: respondió doña Cayetana... vive sola con una niña, tiene abono en el teatro, y...

—Seamos caros, dijo resueltamente doña Simona abordando la cuestion, la visita mucho un rico banquero que no sale día y noche de la casa...

—Y que el tal es casado y tiene abandonada á su pobre mujer, dijo doña Juana.

—Es verdad, añadió doña Cayetana; pero todo hay que mirarlo. La esposa de ese banquero es una buena señora; pero ya es vieja, fea, y luego dicen que es tan metida en sí, que no piensa mas que en hacer obras de caridad, en los negocios de la casa, y en la educacion de sus hijas.

—Es claro, dijo doña Simona, los hombres de negocios necesitan también distracciones: además, ese matrimonio, segun de público se ha dicho, no fue por

parte del marido mas que un asunto puramente mercantil. Ella era muy rica, y al fin nada le falta.

—Y sepan ustedes que mi vecina, dijo doña Cayetana, es todo una señora, que á lo bonita y elegante reúne lo amable y obsequiosa. En su casa no se oye jamás una mosca, y aunque todo ese tren le sostenga el banquero, su alma en su palma.

—Eso digo yo, replicó doña Simona; que al fin y al cabo el mundo siempre ha sido mundo, y sobre todo, ¿quién nos mete á nosotras en lo que no nos importa? Él es un hombre muy rico con gran influencia, y ella le tiene tan sorbidos los sesos, que no se atreve á negarla nada.

—¿Y quién sabe si mañana ú otro día, dijo doña Juana, podremos necesitarla para algo!

—Ya lo creo, replicó doña Cayetana, con la vecindad debe estarse bien siempre, por lo que pueda ocurrir.

—Y mas cuando se trata, dijo doña Juana, de una persona de las circunstancias de la que estamos hablando, que segun me ha dicho un agente de negocios que la conoce, es de una familia muy decente; pero los tiempos están tan malos...

—Ya lo creo, dijo doña Simona, como que su padre ue capitán de carabineros; pero á su muerte no dejó á su hija otra cosa mas que una larga hoja de servicios muy distinguidos, y una orfandad tan corta que no la daria de sí ni para mantenerse con alpiste, como un canario.

—Y ya se ve, dijo doña Cayetana, como el comer y el vestir no tiene escusa...

—¿Y dónde me deja usted el casero! exclamó doña Simona.

—De eso no se hable, señora doña Simona, porque ya no hay paciencia que baste á sufrir las exigencias de los propietarios de Madrid. Lo mismo se dejan pedir diez ó doce mil reales por una perrera, donde se vive como sardinas en barril, que si se tratara de una casa.

—Ello es, dijo doña Juana, que la vecina del cuarto principal tiene una magnífica habitación lujosamente puesta, buena mesa, hermosos carruajes, abono en los teatros, ricos y muchos vestidos, criados que la sirven, amigos que la obsequian y adulan, y abierto siempre el bolsillo de su capitalista para satisfacer cuantos gastos la ocasionen sus caprichos.

—Ya lo creo, dijo doña Simona, y quien conozca á la esposa del tal capitalista, y nuestra vecina, no podria menos de convenir en que un dedo de ésta, ó como dicen vulgarmente, el zancajo, vale mas que toda aquella.

—Eso no, replicó doña Juana obedeciendo sin duda á un resto de sentimiento de moralidad y conciencia. Si la señora del capitalista es vieja y fea, para qué se casó con ella, que no es culpa suya que Dios la haya dado tales imperfecciones en el cuerpo, cuando todos convienen en que cuenta con una bellísima alma, y digan ustedes lo que quieran, es un bribonazo el marido que hace lo que el tal capitalista.

—Pues ya lo creo, dijo doña Cayetana, pero entre los grandes señores es cosa corriente el tener su entretenimiento; así que en el presupuesto de sus gastos designan anualmente una cantidad y no floja para cubrir esa atención, y además otra para las cesantes ó jubiladas; pues han de saber ustedes que entre estas gentes hay tambien su clase pasiva...

—Muy enterada se muestra usted, dijo doña Simona, de la vida y milagros de tales personas.

—Como lejos de hacer misterio de ello, contestó doña Cayetana, hacen alarde, no es extraño que yo lo sepa. Ustedes misinas ven lo poco que se recata el amante de nuestra vecina de venir á verla, y desde el paraiso del Teatro Real, le estuve yo viendo con ella en su palco en la última función á que asistí. Con que ¿qué extraño es que yo sepa lo que ve y sabe todo el mundo?

—Por supuesto, dijo doña Simona, ya nadie va haciendo caso de todas esas cosas...

En este estado del diálogo, la criada de doña Cayetana anuncia á la señora del cuarto principal.

Doña Juana y doña Simona se levantan como movidas por un resorte, y se acercan al único espejo que hay en la habitación para consultar á este consejero privado de la mujer, si están en traje á propósito para ser vistas de tan encopetada señora. Doña Cayetana quita algunas motas é hilachos de la estera, recoge precipitadamente la labor, y hecha un rebujo la mete debajo del sofá, y se adelanta hasta la puerta á recibir á su elegante vecina diciéndola:

—Señora, usted me avergüenza... Esto es darme una lección que tengo muy merecida. Hace un momento que estaba diciendo á estas amigas, que no habia podido disponer ni de cinco minutos para bajar á ver á usted, pero mis muchas ocupaciones, y mas aun lo delicada que me encuentro de salud que me quita el gusto hasta para vestirme, me han impedido cumplir con un deber de vecindad y cortesía.

—Señora, ¡por Dios! contesta la vecina ocupando el sitio de preferencia en el sofá, yo no vengo á pedir á usted cuenta de su conducta... Mi visita tiene por objeto ratificar personalmente la oferta que por tarjeta hice á usted de mi casa, y decirle el gusto y la satisfacción con que verá á usted en ella cuando quiera, á cualquier hora, sin necesidad de vertirse, con la mas completa franqueza. ¡Ya ve usted cómo yo vengo!..

—Ah, no, usted está como siempre, elegantísima, dijo doña Cayetana, y tenia razon, pues la vecina estaba perfectamente vestida, aunque con mas lujo y riqueza que gusto.

—No, hija mia, replicó la vecina, he subido como estoy en casa: y lo he hecho á propósito para obligar á usted á que baje lo mismo.

Y ya que tengo la fortuna de encontrar aquí á estas señoras vecinas de al lado, aprovecho la ocasion para ofrecerles tambien mi casa; porque, amigas mías, á mí me gusta mucho estar bien con la vecindad, que en circunstancias dadas suple á la familia.

—Es verdad, dijeron las tres á un tiempo, y aquí nos tiene usted á nosotras, continuó doña Cayetana que vivimos en la mas perfecta armonía; enteramente como hermanas.

—Pues bien, dijo afectuosamente la vecina, yo formaré parte de esa hermandad, y desde este momento pueden ustedes contarme como una de sus mejores amigas.

—Muchas gracias, dijeron á un tiempo doña Juana, doña Simona y doña Cayetana admiradas de la franqueza y amabilidad de una persona que vivia en tan elevado rango, y despues de hacerse todas las mas afectuosas ofertas, se despidió la elegante y linda vecina de las tres señoras que ya conocen nuestros lectores, como severos jueces de los inquilinos de la buhardilla número 3.

Miráronse un momento llenas de asombro doña Cayetana, doña Juana y doña Simona, y despues de santiguarse la primera seis ó siete veces seguidas dijo:

—¿Pero han visto ustedes qué mujer mas elegante, amable y fina? Vamos, si viéndola y oyéndola, casi hay que disculpar al capitalista que con ella gasta su dinero.

—Si no disculparle enteramente, dijo doña Juana, por lo de ser casado, hay que convenir en que la tentación es fuerte, y en igualdad de circunstancias, pocos hombres podrian resistirla.

—¿Y qué piensan hacer ustedes? preguntó doña Cayetana. Sus ofertas no han podido ser mas francas y terminantes.

—Toma, contestaron á un tiempo doña Juana y doña Simona, visítala, porque como dice el refrán, lo cortés no quita á lo valiente, y mientras ella no nos falte...

—Eso digo yo, añadió doña Cayetana. Mientras no nos falte... Lo demás pertenece á su vida privada, y allá se las haya con su capitalista.

Despidiéronse estas tres vecinas muy satisfechas de la nueva amistad que se les habia entrado por las puertas, y sin que su conciencia les advirtiese siquiera la exactitud con que acababan de aplicar la ley del embudo; por lo ancho á la elegante vecina del cuarto principal de la casa de doña Cayetana, por lo estrecho á los inquilinos de la buhardilla número 3 de la de doña Juana y doña Simona, de condiciones iguales en el fondo aunque distintas en la apariencia.

(Se continuará.)

EL BARON DE ILLESCAS.

EL NARDO Y LA PRIMAVERA.

Perlas vertiendo al nacer
á la aurora ví arrojar,
y al quererlas recoger
el sol las hizo caer
sobre las olas del mar.

En mi ilusión infantil
soñaba que aquel rocío
lágrimas eran de abril,
y era el aroma sutil
de tu pétalo y el mio.

Con voz dulce y placentera,
cual la de amoroso bardo
que el alba cantando espera,
de noche así hablaba el nardo
á la gentil primavera.

Oyóla la flor herida
de amor que desdenes doma
y sonriendo engreida,
recogió su blando aroma
por no perderle en la vida:

Y su amante la imitó,
y cuando el astro fulgente
todas las flores quemó
sus cálces respetó
por dar perfume al ambiente.

Que al fin de la humana lira
el ser en bienes fecundo
renace de su ceniza,
y la virtud le eterniza
aun mas allá de este mundo.

F. MARTINEZ PEDROSA.

RUSIA EN POLONIA.

(LEYENDA.)

(CONTINUACION.)

Y no mentia, no. La madre que oculta la verdad al verdugo que la busca para matar á su hijo, no miente;

porque, no la verdad, es el puñal lo que oculta. Por eso repuso Marta con mas convicción que el grosero al desmentirla:

—No miento.

—¿No? ¡No! arguyó el hombre-pantera con una entonación inimitable. ¡No!

—No.

—¡Prendedla! mandó á los suyos.

Y como echando un nudo al éxito de su infalible ardid...

—Y al niño, y al niño tambien, añadió sabrosamente.

Y lo miró sonriendo.

En su mirada punzante se revelaba una intención: en su sonrisa indescriptible, que la intención era mala.

Y salió diciendo entre dientes, no sabemos si á sus s télites, ó á Satanás, ó á sí mismo:

—Ya lo confesaré... ya lo confesaré.

Los satélites se aprestaron para girar en su órbita, siguiendo sus leyes de atracción.

La madre tomó en sus brazos al inocente niño, que tamañito, no osaba ni respirar, y presentándolo á los rusos, afligido, pequenuelo, enlutado, esperó gracia por él.

Los rusos se tuvieron inmóviles un punto.

Una blasfemia se oyó afuera, fulminante, como una sierpe de fuego rasgando senos de tempestad.

Seis rusos, como seis osos, se arrojaron en tropel sobre una mujer sola... sola no; abrazada á un niño... y la echaron á empujones de su hogar.

!!!
Ya en la calle todos, el jefe cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo, forma abreviada de confiscación, que ahorra todos los trámites jurídicos y... ¡Viva la autoridad!

Despues víctimas y victimarios partieron.

¿Dónde?

XIV.

EL PUÑAL Y LA PALMA.

Maldito eres entre todos los animales y bestias de la tierra. (Genes. 3—14.)

Al reseñar esta escena, no podemos menos de volver los ojos con ira hácia Petersburgo, ese monton de hielo, donde se enfria el calor del sentimiento y solo bulle por reacción la ponzoña de la sangre. Porque sabe el czar las iniquidades sin nombre que al suyo se cometen en Varsovia, ciudad pretoriana con su circo y sus fieras, y sus mártires, y su soldadesca esclava; las sabe y... las aprueba.

Victimas y victimarios partieron. ¿Dónde? preguntábamos.

A luchar, respondemos ahora, cuerpo á cuerpo, con las fieras.

Repantigado cómodamente junto á su mesa-escritorio en una oficina subterránea, está ya el jefe de policía. Saborea una copa de ardoroso kumel, despues de haber ya saboreado otra y otra, y chupa regaladamente su denegrida pipa.

Delante de él, encerrada con él, hay una mujer de pie, llorosa, desgredada, delirante... Marta.

Aletargada su alma, segun dijimos ya por un cúmulo de penas, parecia hasta aquí la pobre, insensible á la desgracia. ¿Y ahora? ¡Ay! ahora el dolor de una prueba horrible se clavó en su adormecido corazon como una punta de puñal, y el corazon se despertó... para morir.

Escuchad.

Le habian arrancado de sus brazos al ángel huerfanillo, y para precisarla á una delación imposible, imposible... escuchad bien; un hombre... hombre no; un verdugo, lo atormentaba retorciéndole los miembros, tan tiernos y delicados, á vista de la madre; de la madre, que separada del mártir por un muro que horadaba un enrejado boquete, no podia ahora, como antes, socorrerlo, besarlo, embalsamarlo. La infeliz forcejeaba en su desesperación por arrancar de la claravoya aquellas duras barras; pero ¡ay! la reja era... de lo que el cetro ruso. Y venia, y volvia, y suplicaba y mandaba en su delirio al verdugo, al jefe del verdugo, á Mourawieff, al czar, á todo el mundo que le devolvieran á su hijo. Y solo le era dado aliviar el punzante dolor de su tortura, tapándose los ojos para no ver la iniquidad de un diablo, ó los oidos para no oír lamentaciones de un ángel.

Y el comisario saboreando deliciosamente su kumel y su pipa.

—¿A dónde se encuentra el reo? interrogó por vigésima vez á la desesperada madre.

La madre no negó ya; pero no confesó... calló.

El juez de este tribunal insistió en su pregunta.

El niño se quejó, lloró.

La buena madre, yendo con su pensamiento y con su amor, de Juan á Pablo, de Pablo á Juan, sus dos hijos igualmente queridos, se retorcia desesperadamente en lucha de agonía; y cayendo al fin de hinojos ante el juez de iniquidad, le hizo á su vez esta sencilla, pero incontestable pregunta, que el juez supo contestar:

—¿A quién de los dos hijos he de salvar, ó he de matar yo, si los dos son hijos míos?

—Al criminal.

—¿Qué bárbaro! dijo la madre soltando una carcajada nerviosa.

EN LOS CAMPOS ELISEOS.



—Me he arruinado en los Campos, caballero;
—Merece una limosna el majadero.



Comieron de los Campos en la fonda
y hoy de balde les dan mesa redonda.

La autoridad se creyó desacatada por un hecho fisiológico y psicológico, que no era capaz de comprender; esa risa que llora, que no es risa ni llanto, que es... el rayo y el trueno de la tempestad del corazón.

Y la autoridad se indignó.

—¡Dos desacatos! dijo para sí, recordando el otro con cierto pesar, ó peso, con vengativo rencor.

Y alzando su mano huesosa, descargó un airado golpe en el delicado rostro de la pobre mujer.

La mártir del dolor filial no sintió su propio dolor; pero perdió el equilibrio y cayó, incorporándose otra vez sobre sus rodillas sin hablar, sin ver siquiera la sangre que había dejado en el suelo.

El Javert de estos miserables, que no era ciertamente la encarnación del de Víctor Hugo, sino el *encarnizamiento* de Mourawieff, apuró su copa y acentuó estas palabras.

—Pues bien: morirá el inocente. Yo me lavo las manos: tú lo quieres, tú, que no entregas al criminal. Y se levantó.

El niño se quejó mas, lloró mas.

La madre abrazó las rodillas de aquel rey de tinieblas.

—Matadme á mí, á mí sola, dijo heroicamente, ofreciéndose en holocausto por sus hijos. Matadme, matadme, repeta; pero que vivan los dos.

Con todo este heroismo suplicaba, y... bruscamente fue rechazada por un pie.

Como agotada entonces, dobló el cuerpo sobre sus rodillas, y hundiendo la frente entre sus manos hasta tocar la tierra, rompió en un llanto de estertor.

Duro, impassible, frío, como un hombre de piedra, ó como reptil de ponzoña que nunca entra en calor, el comisario repitió su pregunta, y no obteniendo respuesta, sacó un reloj... sacó un puñal... los dió por la ventana y habló algunas palabras.

La madre no vió; oyó, pero vaga, confusamente. Y enderezó la cabeza... luego el cuerpo... despues sus doblados miembros... Ya de pie, miró, con temor de ver, hácia el suplicio del párvulo; y cuando vió por sus ojos la verdad, espresó todo su horror, todo su escándalo de horror con una sola palabra, sorda, apagada, prolongada en vibraciones de un alma que se arranca.

—¡Aaah!!

Y con la boca abierta y los ojos mas, quedó ya muda, inmóvil, petrificada.

—Cinco minutos tienes de término, dijo el... capitán de bandoleros, sentándose otra vez cómodamente y escanciándose mas kumel. Y preguntó.

—¿Dónde se oculta el criminal?

La madre, como si no tuviera ya mas que un sentido, el sentido de ver, no oyó... no contestó.

El capitán, chupando su copa y su pipa, esperó...

El soldado de la compañía de este capitán dijo avisando:

—¡Cuatro minutos!

—¿Dónde se oculta el criminal?

El silencio se extendió como las alas de la noche... oscureciendo la luz...

—¡Tres minutos!

—¿Dónde se oculta el criminal?

—Silencio inmenso...

—¡Dos minutos!

—¿Dónde diablos se oculta ese traidor?

—Mas silencio...

—¡Un minuto!

La madre vaciló y se tuvo otra vez firme. Y abrió los ojos mas y la boca mas.

—¡Qué mala madre! exclamó el buen capitán, distraiéndose intencionalmente en la lectura de un papel.

Cincuenta y nueve segundos cayeron blandamente, y uno como un puñal de punta.

—¡Ah!! gritó la madre ahora. Pero exhalando todo su aliento en el grito, grito agudo, aguilisimo, como escapado por la rotura del corazón, cayó en tierra desplomada... muerta.

—¿Qué es eso? preguntó como alarmándose una fiera.

—Han pasado, le contestó otra, los cinco minutos y...

—Haber esperado mi clemencia.

XV.

LA JUSTICIA FALTA.

Sea nuestra fortaleza la ley

de la justicia.

(Sabid. 2.—11.)

Durante la tenebrosa ejecución de tan cruel martirio, Pablo, el *criminal* exigido á una madre con tanto empeño y negado al verdugo con heroísmo tanto, consciente de la prisión y temeroso de que por su causa padecieran, bajo el poder del pirata, su desvalida madre y su pequeñillo hermano, se resolvió á salir de su escondrijo y á entregarse voluntariamente por salvarlos.

Bien sabia el desdichado el peligro que arrostraba, pues cuando el simple hecho de leer un libro, prohibido, es verdad, en el índice cismático, le costara cien azotes, esperaba recibir mas de quinientos por éste que la policía calificaba de *delito de lesa autoridad*. Con eso y todo, el recuerdo de su buena madre y de su inocente hermanillo tiraba afuera de él con toda la fuerza del amor, amor bien nacido y mejor cultivado, y él se dejó llevar poniendo por obra, al fin, su resolución heroica.

Salió, pues, á la luz... ¡A la luz, y traía en el alma las tinieblas! ¡Miseró joven! La palma ó el fusil. Pero el fusil ¿cómo? ¿Y su madre? ¿Y el pequeñuelo? La palma: por ella va: todo es morir por la patria.

No bien pisó la calle, mandado por su resolución, cuando sintió como un mordisco de tigre en el pescuezo: la garra de un polizonte, que de improviso lo cogió. Y aunque el preso quiso hacer alfojar la dura garra ofreciendo en caución toda su buena fe, desde allí hasta

la cárcel fue *agarrado* ferozmente y escarnecido además.

Una noche pasó.

La luz de la aurora, esa luz sonriente, amorosa, como la edad temprana, alumbró... no una flor abierta al beso de las auras, auras de amor, amor de vivir; sino una flor marchita, seca, deshojada. ¡Ay! en el altar de Moloch había una víctima, un joven de diez y siete años... Pablo.

Pablo fue ahorcado á las altas horas de la noche, en las tinieblas, dejándolo en espectáculo *de ejemplar terror* hasta la mañana siguiente.

El último vástago de la honrada familia Mackowiecki murió ya.

¿Era reo de muerte?

No.

¿A quién se ofreció su sangre entonces? ¿A la vindicta pública, ó á la venganza privada?

Pero á sus pies había un papel, depositado allí misteriosamente por una mano incógnita, como ofrenda propiciatoria de tanta injusticia, de tanta iniquidad, de tantos crímenes: era un pliego cerrado, al parecer oficial, y dirigido al jefe de policía con esta eficazísima fórmula: «Servicio público.—Interesantísimo.»

Como se lo propuso quien fuera, el pliego llegó á su dirección intacto, sin extravío, ni aun tardanza.

(Se continuará).

CECILIO NAVARRO.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El que malas mañas há tarde ó nunca las pierde.



AVISO.

Los señores suscritores que han optado por *Los Tres reinos de la naturaleza*, recibirán con este número el tomo 9.º y último.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.